

### 3. LOS «FASTOS»

FRANCISCA MOYA DEL BAÑO

#### 3.1. TEMA

Los *Fastos* tienen por objeto el calendario de fiestas del año romano; *Fasti* significa «anales» y «calendario» y así eran llamados los libros en que el Pontífice Máximo anotaba los hechos del año. Muchos e importantes calendarios había en suelo itálico; se informaba en ellos de los días festivos y el modo de celebrar las solemnidades. Cuando César en el 46 a.C. reforma el calendario para ajustar al máximo el año civil y el astronómico, procura mantener en sus meses las fiestas antiguas.

Al acariciar Ovidio la idea de escribir esta obra —pudo ser en el año 8 a.C., en que Augusto, nombrado Pontífice Máximo, corrigió los defectos habidos en la implantación del nuevo calendario— pretendería abarcar los doce meses del año, como se deduce de algunos testimonios (*Fast.* III 55-58, en que remite al mes de diciembre, *Fast.* IV 148 al de agosto, o *Tr.* 549: *Sex ego Fastorum scripsi totidemque libellos*); después, por razones imaginables, ninguna de ellas incuestionable, «decidiría» poner punto y final en el libro sexto (cfr. *Tempus Iuleis cras est natale Kalendis:/ Pierides, coeptis addite summa meis*, VI 797s.); la culpa era de la «suerte» (*Tr.* II 552 ...*sors mea rupit opus*).

El tema queda anunciado en el primer dístico: *Tempora cum causis Latium digesta per annum/ lapsaque sub terras ortaque signa canam*; Ovidio va a cantar los días festivos (*tempora*) que están distribuidos a lo largo del año, aportando la causa o causas de las fiestas (*cum causis*) y hablará de las fechas, cantando con sus ortos y ocasos los signos celestes (*signa*) por los que transita el sol en su anual recorrido; esto es, la obra tiene por objeto la etiología del calendario de Roma.

Múltiples ingredientes implican los *Fastos*; narrar las fiestas supone referir las causas y describir los festivos; datarlas por medio de los *signa* supone añadir a la referencia astronómica (*Quid vetat et stellas, ut quaeque oriturque caditque,/ dicere? Promissi pars sit et ista mei*, dice en I 295s.) el *aition*, que yace tras el nombre del *signum*. La materia es, pues, variada: 1) las festividades religiosas (*sacra*, v. 7), es decir, fiestas en honor de los dioses, las únicas presentes —salvo una del 11 de julio— en los antiguos calendarios (de ahí, *annalibus eruta prisca*, v. 7), pero también festividades nuevas, «civiles», en honor de «ciudadanos» de la familia imperial ( *festa domestica*, v. 10), que fueron incluidas tras la reforma de César para celebrar sus victorias, y cuyo número aumentó desde el año 27 a.C. con las fiestas en honor del Príncipe hasta alcanzar el nú-

mero de 30 en el año 14; 2) la astronomía, materia susceptible de ser tratada de modos muy diversos, y 3) los *Aitia* de fiestas o de signos celestes.

Cada libro comienza con un Proemio (I a Germánico, II a Augusto, III Invocación a Marte; IV Invocación a Venus e inmediato diálogo entre poeta y diosa, V Introducción de una consulta a las Musas, VI Defensa de la inspiración poética), al que suele seguir el *aition* del nombre del mes. El Proemio de enero, que sustituye, parece, al que, dedicado a Augusto, pasó al segundo libro, anuncia la voluntad de Ovidio de cantar las glorias del César, tratando las fiestas introducidas gracias a él en el calendario (*Caesaris arma canant alii, nos Caesaris aras/ et quoscumque sacris addidit ille dies*, I 13s.); en él solicita el favor de Germánico, poeta también; siguen unas notas sobre el antiguo calendario de Rómulo, que carecía de enero y febrero, sobre los meses y los diferentes días, *fasti, nefasti y atrii* (I 27-62); al calendario vuelve en III 73-166).

La razón del nombre del mes, como ocurre también en la de las fiestas, cuenta con una o más propuestas, basadas normalmente en la «etimología»; comienza con los añadidos por Numa al antiguo año de diez meses («diciembre» era el décimo y último mes), explicando enero, por Jano (*Ianus*), y éste, dice Ovidio, por *ianua* (II 48-52); febrero, por *februa*, purificaciones (II 19-34), con el que Numa no se olvidó de las sombras de los antepasados (I 43); marzo, por Marte (I 39); abril, dedicado a Venus (I 39), se explica por *áphrós*, que alude a la espuma de la que nació la diosa, o por *aperire* «abrir», porque la primavera, tan ligada a Venus, todo lo abre (*ver aperit ... omnia*, IV 87); los *aitia* de mayo son *Maestas* (V 9-54), el estar el mes dedicado a los *maiores* (I 41 y V 55-78), o Maya, madre de Mercurio (V 79-110); junio, deriva de *juniores* (I 41, VI 88) o de Juno (VI 25-64), o *Iuventas* o Hebe, esposa de Hércules (VI 65-82).

A lo largo de los meses se sucede el relato de las diferentes fiestas, estando representados los enlaces o dataciones por referencias astronómicas más o menos breves, que van de la repetición monótona de una especie de fórmula al tratamiento de un mito.

El contenido temático está representado por historia, religión, mitología, tradiciones, es decir una temática rica, variopinta y desigual que atraía y a la vez ponía a prueba al poeta.

En cuanto a la historia de Roma ésta se extiende en *Fastos* desde los orígenes legendarios hasta la historia reciente: fundación y origen (IV 807-862), Turno y Mezenzio (IV 879-901), leyenda de Marte y Rea Silvia (III 9-70), Claudia (IV 293-348), los Fabios (II 183-242), los Tarquinius y el final de la monarquía (II 685-852), los galos en el Capitolio (VI 349-394), o la batalla de Trasimeno (VI 763-769), la de Módena (IV 625-628), Accio (I 709-714) o Filipo (III 705-710), etc.

La religión tiene su lugar por derecho propio, pues se cantan los *sacra* en honor de los dioses; aparece ligada a la historia (así Turno y Mezenzio y los *Vinalia*, los galos y el culto a Júpiter *Pistor*, etc.) y está representada en la obra por la enumeración de una serie de ritos inherentes a la celebración de cada fiesta: la de la siembra, *Sementivae*, fiesta móvil (I 655-694), *Lupercalia* (II 267-452), la de los Tontos (II 513-532), el culto a los muertos (II 533-570), la Fiesta de Anna Perenna (III 523-542), *Parilia* en honor a Pales (IV 721-806), *Vinalia* o fiestas del vino dedicadas a Venus (IV 863-900), *Lemuria*, a los Manes (V 420-492), etc. Los dioses o son los mismos griegos latinizados o una serie de deidades menores (Lares), personificaciones del *numen* (Término) o diversas abstracciones (Fortuna, Concordia, Paz). La religión aparece impregnada de elementos supersticiosos (V 671-688, VI 219-234) o mágicos (II 571-582, VI 131-168). Dentro de la religión se incluyen las fiestas ligadas a la fundación o restauración y dedicación de templos: Esculapio (I 289-294), Castor y Pólux (I 705-708), *Ara Pacis* (I 709-724),

Júpiter Victor y Libertad (IV 621-624), Mercurio (V 663-692), Belona, Hércules y Semo Sanco Dio (VI 199-218), *Mens* (VI 241-248), Júpiter *Pistor* (VI 349-394), etc.; su importancia en el calendario queda potenciada en *Fastos* por ser Augusto, *provida cura ducis*, quien se cuida de los templos (II 59-66).

La mitología es materia importante en la obra: Hércules y Caco (I 543-586), Ceres y Prosérpina (IV 393-620), Flora (V 183-378); los mitos están en gran medida en función de los *signa*: así la leyenda de Arión (II 79-118) o Calisto (II 153-192), el casterismo de los Peces (II 457-474), el de la Corona de Ariadna (III 459-516), Orión (V 493-544), el de las Híades, que incluye el rapto de Europa (V 603-620) o el de los Dióscuros (V 693-720).

Distintos excursos tratan de temas diversos (las clases de víctimas, I 335-456 o el elogio de la astronomía, I 295-311) y es innumerable la mención de personajes históricos o mitológicos.

A propósito de una fiesta o de su origen hay ejemplos de plegarias, como la de Claudia a la Gran Madre (IV 319-324), de un pastor a Pales (IV 747-776), del *flamen* de Quirino a *Robigo* (IV 911-932), o una llena de cinismo de un comerciante a Mercurio (V 681-690). No están ausentes anécdotas eróticas relacionadas con Priapo (I 391-440 y VI 319-348) o con Marte (III 675-696), o escenas idílicas como las de Ceres en casa de Céleo (IV 507-560) o los dioses en casa de Hirieo (V 495-544).

Organizar y ofrecer, convertido en poesía, material tan diverso, es más, tan técnico y especializado a veces, constituiría un reto, pero el Ovidio brillante y audaz de antes del exilio se consideraba apto para afrontarlo y lo toma a su cargo; las razones serían múltiples: hacer una obra nueva, dotar a la religión romana de un tratamiento literario (con las *Metamorfosis* había cantado sobre todo el mito griego; ahora quería cantar los mitos romanos), preservar del olvido y ofrecer a sus conciudadanos sus propias tradiciones, lograr un poema etiológico cercano al de Calímaco, etc., son razones válidas, aunque secundarias y supeditadas a la principal, a saber, honrar a Augusto y elogiar su obra (cfr. II 131s., II 141s., III 415-428). El nuevo calendario le ofrecía una buena oportunidad. Augusto era el que había traído la paz, el restaurador de los templos y la religión arcaica, el fundador también de una nueva Roma, y de otra «nueva» religión, la imperial; es el que goza del favor de Júpiter, es incluso su *socius* (cfr. por ejemplo, I 587-616, en especial 607-612, II 59-66, 129-132, IV 673-676, y casi por doquier). Éste sería su auténtico móvil, poner su arte, casi como poeta nacional, al servicio de la política augústea.

### 3.2. FUENTES

No existía en Roma nada igual a los *Fastos*; la novedad que representaba la obra era evidente; sin embargo contaba con los antecedentes necesarios para afrontar la empresa; no haría un trabajo personal «de investigación» de documentos; más bien utilizaría algunos Calendarios o *Fastos*, que le proporcionan el esquema (el *Menologium rusticum Colotianum*, *CIL* VI 2305 = D.8745, citado por D'Elia pág. 343, ofrece su contenido: indicación de signos del Zodíaco, nombre de meses, fecha de las nonas, duración del día y la noche, nombre de las constelaciones en que el Sol entra cada mes, divinidades tutelares, días de fiesta y modo de celebrarlas), y, sobre todo, obras de eruditos y enciclopedistas como *Antiquitates rerum divinarum* de M. T. Varrón, *Origines* de Catón el Censor, *Annales* de Enio, quizá un calendario del pitagórico ami-

go de Enio Fulvio Nobilior, *De verborum significatione* de M. Verrio Flaco, obras de Cicerón, que bien conocería, es posible que alguna vez los *Annales Maximi*, etc.; entre los historiadores, sin duda ninguna Tito Livio, y en cuanto al contenido propiamente mitológico, abundante en la obra, las mismas fuentes de sus *Metamorfosis*, ocupando en las referencias a los *signa* celestes un lugar primordial los *Phaenomena* de Arato o los *Catasterismos* de Eratóstenes. A ello hay que añadir las fuentes orales e incluso su propia experiencia (cfr. IV 377s., VI 395-400). De todo ello, aunque Ovidio sólo habla de «anales» y «fastos», extraería el contenido que reelaboró a su modo y manera.

En cuanto a las fuentes literarias, Calímaco fue la principal, pues sugiere o fundamenta la idea de escribir los *Fastos* y con ello también el modo de hacerlo (por ejemplo la presencia de Musas y dioses). Calímaco había escrito sus *Aitia* (también un calendario en prosa) y no es casual que en los *Fastos* ovidianos *cum causis* ocupe el segundo lugar, *tras tempora*, siendo *tempora cum causis* un par no sólo significativo, sino casi inseparable.

Ovidio, el poeta más alejandrino de Roma, como se ha repetido, dirige su mirada a Calímaco pretendiendo ser «el otro Calímaco romano» detrás de Propercio; como ocurrió con las *Heroidas*, ahora también Propercio le señala el camino y asume Ovidio el plan que éste intentó y, como afirma, se vio obligado a abandonar, el cantar *sacra diesque* (*Sacra diesque canam et cognomina prisca locorum: / has meus ad metas sudet oportet equus*, IV 1, 69-70), pese a que no renunció del todo, como muestran las elegías 2, 4, 6, 9 y 10 del libro IV, en que trata de Vertumno, Tarpeya, Accio, Hércules y Caco..., es decir, temas que aparecerán luego en *Fastos*.

Ya se había ocupado Ovidio en *Amores* III 13 de cantar una fiesta religiosa; de historia y religión romana a partir del libro XIV de *Metamorfosis*, cuando, como si de una cámara cinematográfica se tratase, después de hacer el recorrido por toda la mitología griega enfoca diferentes planos de la leyenda y religión romana, comenzando con Eneas, que constituye el enlace con Grecia, para terminar con César, a quien la misma madre de Eneas, Venus —en *Fastos* (III 700-704) será Vesta—, condujo a los astros del cielo; entre Eneas y César van apareciendo los reyes de Alba, Vertumno y Pomona, Tarpeya, Rómulo, Numa, o el culto de Esculapio en Roma.

Después de Calímaco, y por encima de todos, su modelo es ciertamente Propercio, y muy cerca está el aliento de Virgilio, con cuya *Eneida* enlaza en muchas ocasiones, completando a su modo historias como la de Anna, la hermana de Dido, o recreando leyendas con personajes distintos o tomando las *Geórgicas* como punto de referencia en escenas para ello apropiadas; también Tibulo (en especial II 1, III 1); posiblemente Simias de Rodas con su poema sobre los meses, y sin duda Homero o Hesíodo.

### 3.3. TRATAMIENTO DEL TEMA

Un calendario exige que las fiestas que van a ser cantadas aparezcan en sucesión cronológica. El hilo conductor lo constituye un eje horizontal; en dicho eje se inserta la descripción de la fiesta, así como la datación; los *aitia* en un eje vertical; en la intersección, el cruce de tiempos; en un lado el tiempo del año, en el otro el tiempo de la causa, que se prolonga en el pasado. La combinación de ejes es, sin embargo, más compleja; la distinta entidad e importancia de las respectivas fiestas, el papel que las

«causas» representan en ellas, la naturaleza distinta de los diferentes *signa*, que datan y sirven de enlace, condiciona la diversidad de tratamiento y extensión literaria, que oscila entre la escueta referencia de unos versos, a una presencia *in extenso*; tampoco son todos los días objeto de tratamiento, oscilando el número de pasajes incluidos por mes entre los catorce de enero y los veinticuatro de junio.

Existían en el calendario, sobre todo tras la reforma de César y la inclusión de nuevas fiestas, días en que se celebraba más de una. Cuando esto ocurre, Ovidio, en lugar de mencionar una después de otra, unas veces, relaciona la nueva fiesta con la religiosa más antigua (así ocurre con la de Los Lares tutelares y Augusto, I 129-146), otras, las sobrepone, como en el caso de la fiesta de Flora, cuya efemérides corresponde al 28 de abril, día en que ahora había que honrar también a Vesta; Ovidio nombra a Flora (IV 945), añadiendo que su *sacrum* se extiende hasta las calendas de mayo y que en su momento volverá sobre ello (lo retrasa, pues, a otro mes, al verso 183 del libro V, aduciendo (947-952) como justificación el que tiene tarea más importante, a saber, ocuparse de una fiesta que lo es por causa de Augusto, la de Vesta.

Problemas presentaban las celebraciones que no tenían claro su *aition*. A Ovidio, como a Calímaco, le gusta ofrecer todos cuantos le son posibles, y lo hace con la ayuda de la etimología, aunque no siempre correcta (así, por ej., el porqué de la desnudez en la fiesta de los Lupercos, II 267-380; la dedicación de los *Vinalia* a Venus, IV 863-900; o, en fin, el porqué de la fiesta de Anna Perenna, III 523-696).

Pero los problemas mayores son de otro tipo; proceden de la materia misma. Buena parte del tema tenía que consistir en la religión romana arcaica, cuya pobreza (en poesía o en belleza, no en número de divinidades) era manifiesta; había quedado reducida a una serie de ritos, que poco diría a personas como Ovidio, que difícilmente podría creer en esa religión; no ofrecía la religión romana, en cuanto tal, materia adecuada a sus gustos y aptitudes; las celebraciones de las fiestas pertenecían al terreno del folclore, no de la religión y ésta había quedado convertida en algo externo, carente de sustancia; la religión imperial era historia demasiado reciente y parte de esa historia tenía razón de ser en las *arma*. Los mitos romanos como tal tampoco existían, sólo la localización en suelo «italico» de algunos sucesos de la mitología griega. La historia no siempre facilitaba el tratamiento poético; el corsé impuesto por el calendario dificultaba la obra.

Ante materia tan multiforme y tan árida Ovidio se sitúa desde su personalidad humana y literaria. Ovidio es el poeta del amor, de la mitología, «de los dioses», es el espléndido narrador, e igualmente un espíritu agudo, en el que el distanciamiento, que trasluce humor, escepticismo e ironía, iba aumentando con los años. Todo ello lo pone al servicio del plan que se propuso.

Por eso, Ovidio, siempre que es posible, lleva a los orígenes más remotos el *aition* de la fiesta, para enlazar con Grecia y su mitología: Mater Matuta enlaza con Ino Leucotea (VI 481-562); recreación del rapto de Prosérpina (IV 417-464); Flora es una ninfa de nombre griego; los *aitia* de las constelaciones le proporcionan temas mitológicos de catasterismo, como el de Arion (II 83-118), con sus dos versiones, y el de los Gemelos (V 693-720). Se detiene en aquellas historias en las que puede recrear escenas en las que predomine el amor o, en general, los sentimientos (Tarquinio y Lucrecia, Marte y Rea Silvia, Flora); potencia las descripciones en que pone de manifiesto sus dotes pictóricas (el catálogo de flores recogidas por Prosérpina es completísimo, IV 429-442); en fin, se sirve también de todos los recursos retóricos aplicables a la narración, y la variedad de temas o de «protagonistas» queda potenciada por los modos

narrativos. Cuando el *signum* le proporciona un tema mitológico se recrea en las leyendas que subyacen tras las constelaciones y que explican su *aition* y no duda en inventar datos e incluso historias (cfr. Flora).

Aparece como narrador omnisciente, pero también se incluye como «protagonista» o personaje con voz, que interviene dando su opinión, recriminando alguna acción, suplicando o, sencillamente, aconsejando; formula Ovidio preguntas sobre algunos extremos a personas diversas, a los participantes de la fiesta «descrita», o sólo espectadores; a veces a las divinidades titulares y tutelares de la fiesta; ofrece la palabra a los personajes de la historia narrada, que pueden limitarse a recordar, quejarse, dirigir plegarias, o entablar diálogo dramático con otros. Al prestar la voz a distintos personajes que se manifiestan de acuerdo con su condición personal, puede Ovidio lograr momentos patéticos (Lucrecia, Claudia), de sincera religiosidad (el pastor que dirige su súplica a Pales) o de fino humor (diálogo de Júpiter Elicio y Numa).

Desarrolla el recurso literario de la intervención de los dioses; ellos, justifica Ovidio, le ofrecen la información que no le es posible conseguir (Vesta comunica que arrebató el cielo a César, III 700-707). Son, entre otros, Jano, Mercurio, Marte, Juno, Venus, las Musas (cfr. por ej. I 101-144, 467 ss., III 173-252, IV 1-16, V 11-106, VI 61-64, 801-810); responden a la invocación del poeta (el poeta invoca a Baco para cantar su fiesta, III 713; o a Palas en III 834; a Venus IV 1); también se manifiestan espontáneamente; las divinidades dan a veces muestras evidentes de su llegada (*mota Cytheriaca leviter mea tempora myrto/ contigit et «coeptum perfice» dixit opus*, IV 15s.) y con ellas se puede dialogar.

La presencia de la divinidad como garante de la información, además de ofrecer el modelo épico de la «invocación», o evocar la fuente calimaquea —amén de las Musas de Hesíodo—, le sirve también a Ovidio para evidenciar el carácter divino de la poesía, el que la inspiración es una suerte de relación directa del poeta, sacerdote de las Musas, con la divinidad (cfr. por ej. III, 809, 713, 789, IV 195, VI 728 o VI 5-9, en que se afirma: *est deus in nobis, agitante calescimus illo/ impetus hic sacrae semina mentis habet*, aportando seguidamente la razón por la que tiene derecho a ver a los dioses: *fas mihi praecipue vultus vidisse deorum,/ vel quia sum vates, vel quia sacra cano*).

En cada caso, pues, intentaría Ovidio urdir la trama en la que combinar los elementos precisos para lograr un resultado digno. Lo busca con el trabajo de síntesis, que comporta la *varietas*. Cada fiesta permite, desde el enlace con otra anterior o con el signo celeste que indica la fecha hasta el final de la descripción del festival correspondiente, ofrecer una amplia gama de modos y recursos literarios: narración, introducción de personajes, diálogos, plegarias, descripción, diversos excursos, introducción de otras «historias» en la principal que le sirve de marco. En la fiesta de las matronas, por ejemplo, del día 1 de marzo (III 167-258) entre otras cosas aparece: 1) invocación a Marte para que explique el *aition* de la fiesta, 2) intervención de Marte, que cuenta el rapto de las sabinas y su causa, 3) discurso arenga de la esposa de Rómulo, 4) enfrentamiento de padres y esposos, 5) escena patética de las mujeres con sus hijos en medio de los ejércitos, 6) reconciliación de los pueblos que motiva el que las mujeres celebren el día de las calendas de marzo, 7) explicación de ésta y otras causas posibles de la fiesta.

A propósito de la fiesta de Ceres (IV 393-620): 1) primeros alimentos de los hombres; 2) el don de Ceres; 3) alabanza de la Paz; 4) exhortación a los colonos a presentar ofrendas a Ceres; 5) rapto de Proserpina, exigido, dice, por el relato; 5) descripción de un *locus amoenus* en donde tiene lugar una reunión de diosas; 6) retrato de tono

pictórico de jóvenes deidades entretenidas en coger flores y catálogo de flores; 7) aparición —en fuerte contraste— de Plutón que rapta a Prosérpina; 8) patéticas palabras de Prosérpina, de las amigas; 9) intervención de Ceres; 10) peregrinar de la diosa en busca de la hija; 11) mención pormenorizada de las rutas; 12) viaje de Sicilia a Ática, donde quedó abatida y triste; 13) encuentran a Ceres Céleo y su hija; 14) acogida en la casa; 15) curación de Triptólemo, el hijo enfermo de Céleo; 16) intento de Ceres de hacerlo inmortal; 17) la madre sorprende e impide esta acción y Ceres le concede ser el primero en arar, sembrar y recoger la cosecha; 18) Ceres marcha en vuelo, mención de las tierras innumerables por las que pasa; 19) visita el cielo y pregunta por su hija a las estrellas de la Osa; 20) pregunta al Sol, que le responde; 21) reproches de Ceres dirigidos a Júpiter el padre de Prosérpina; 22) respuesta de Júpiter intentando calmarla, pues puede devolverla del infierno si ha mantenido el ayuno; 23) viaje de Mercurio y regreso comunicando que ha roto el ayuno; 24) Júpiter pacta que Prosérpina pueda estar seis meses en el infierno y seis en el cielo. A lo largo de la narración se va dando cuenta de otros *aitia* del ritual de la propia celebración (antorchas, vestido, comida).

Las explicaciones de fiestas y rituales responden a la formulación de varios «por qué» y «cómo»; ante muchas de ellas Ovidio tenía que sonreírse, como lo manifiesta el recurso al humor y la ironía; bromea con Marte porque al dios no le interesa la poesía (III 1-10), o sobre la apariencia caótica de Jano (I 103-114); rebosa humor el diálogo de Venus y Ovidio en IV 1-18, o el que «apoye» la verdad de un «milagro» en que ha sido llevado al teatro (*mira, sed et scaena testificata loquar*, IV 326), o al pintar a un Jano adaptado a los tiempos «modernos» (I 223-26). Hay ironía y escepticismo cuando él, poeta del amor, pinta un amor ridículo en Priapo, o en su ingenuidad de creyente (cfr. IV 203-206). El papel de la ironía y del humor es un elemento muy importante en la obra; compensaba la falta de fe en el tema tratado y reflejaba su distanciamiento intelectual ante él.

Sin embargo Ovidio contempla con tierna mirada la credulidad de las gentes sencillas, y logra escenas magníficas cuando trata de pastores o personas como Céleo (cfr. IV 507-546, IV 721-806) o entrañables procesiones.

La materia, en general, no era muy adecuada a sus gustos; monótona, prosaica, fría, escapa a una estructura y plan previo; la religión le decía poco; las leyendas romanas no ofrecían las posibilidades de las griegas; con todo, es posible que Ovidio haya superado su propósito.

Consigue adherirse a la política augústea y ser su propagandista. Logra, pese a la falta de aliento poético, una obra en cierto modo equiparable a los *Aitia* de Calímaco, una elegía narrativa de tipo helenístico, como había pretendido e indirectamente manifestado al elegir el dístico; el insistir retóricamente en su no adecuación sólo le sirve para proclamar que el «tema» era en sí digno de la épica (cfr. II 3s.: *Nunc primum velis, elegi, maioribus itis: / exiguum, memini, nuper eratis opus*; con los versos elegíacos, antes servidores en el amor, dice, canta ahora *sacra* y *signata tempora fastis*), idea que repite a lo largo de la obra (VI 10 *nunc teritur nostris area maior equis*), incluso en boca de la misma Juno (VI 21 *per exiguos magna referre modos*).

Y consigue lo que, quizá, no pretendió; en cuanto a la «materia concreta» sólo intentaba cantar el calendario romano, poner en verso lo que estaba en los libros y divulgarlo entre gente no erudita, que gustaría de ello; así se explican muchos de los defectos que se le achacan: imprecisión de datos, falta de explicaciones o, incluso, propuestas «aventuradas»; también la dificultad de interpretación de muchos pasajes,

problemas textuales y las diferencias en los textos de los editores; aparte de esos problemas que pueden derivar de la transmisión del texto, no hay que olvidar que Ovidio era un poeta, no un científico y que el rigor o la precisión no eran preocupación suya, sobre todo en una materia que le quedaba lejos. Sin embargo, perdidas las fuentes de las que partió, los *Fastos* constituyen un documento insustituible para el conocimiento del calendario y la religión romanos y de la antropología en general; Ovidio, el *Romani conditor anni*, como puso en boca de Juno (VI 21), no sólo proporcionó a la posteridad datos valiosísimos, sino también, y pese a no haber cubierto los doce meses ni haber limado para la publicación los seis primeros, la última obra de la clasicidad.